

LA BELLA DURMIENTE DESPIERTA

Dicen las malas lenguas que malgasto las horas reivindicando por aquí y por allá, pero yo siempre contesto que durmiendo no se arreglan las cosas, por más que a mí me tuviera mi creador, Charles Perrault, cien años de cúbito supino. Fueron tantos que, cuando desperté, el mundo había cambiado. Para poner de nuevo en orden mi vida, asisto a un terapeuta muy célebre que, a golpe de talonario y sesiones de hipnosis, me hace recordar a marchas forzadas cómo era yo antes de. Doctor Freud se llama, aunque a mí me deja que le diga Sigmund.

Él me pide que le hable de mi padre, que le cuente todo lo que se me ocurra, así, sin masticarlo, porque cree que el origen de mis males reside en él. Yo no sé si tiene razón, pero a medida que voy desgranando los detalles de mi vida, me va pareciendo que este doctor Freud no anda muy desencaminado. Al menos, de hombres va la cosa. Comienzo relatando retazos de mi primera visita:

Fui una hija muy deseada. Mis padres rezaban cada noche en la capilla del palacio (no sé si he dicho que mis padres eran los reyes) para tener una niña. Imagino que pensarían que una hija les aseguraría el bienestar en su vejez. Me entregaría en cuerpo y alma a sus cuidados y esas cosas. Pobres ilusos. A pesar de tanta oración, un día que mamá paseaba por el estanque, una rana fue quien le anunció mi pronto nacimiento. En cuanto se recuperó del parto, papá organizó una fiesta enorme en los jardines del palacio. Invitó a la flor y nata del reino, incluidas las hadas del bosque. ¡Dichosas hadas! Con ellas comenzaron mis males. Sé que papá no actuó bien, pero ¿dónde estaba entonces la sororidad, chicas? Podrían haber compartido los menús. Teníamos una vajilla con doce platos de oro y las hadas eran trece. Estaba claro que una sobraba en esas cuentas, pero ¡qué más daba! ¿No se le pasó por la cabeza a papá que era mejor no enfadar a las ninfas?

Si no había suficiente vajilla para todas, se podían haber servido las viandas en una fuente de plata y haber preparado un lunch o un picoteo, o haber utilizado platos desechables. Cuánto mejor. Pues nada, sobre mí recayó la maldición. El hada trece se presentó en el convite sin haber sido invitada, espolvoreando con su varita malas intenciones e improprios. Y juró que cuando cumpliera quince años moriría al pincharme con el huso de una rueca. Menos mal que estuvo al quite el hada de la medida y le contestó:

—¡No te pases, hermana! Te puede haber sentado mal que no te hayan invitado a la fiesta. Hasta ahí lo entiendo. Pero desearle la muerte es demasiado. Se pinchará con el huso de una rueca y dormirá cien años.

¡Cien años! No creáis que dijo cien días. Pero no falló. Mis padres se habían ido de crucero para celebrar sus bodas de porcelana y yo, ese día, salí a dar un paseo más allá de lo permitido. El bosque era un trajín de gente: leñadores, cazadores, comerciantes... Recuerdo que me crucé con Caperucita, que ese día llevaba un cabreo monumental. Estaba mosqueada porque le tocaba siempre a ella cargar con la merienda de su abuelita. Su hermano se había matriculado en un máster online y, con la excusa de los estudios, no colaboraba en casa. Me confesó —a medida que avanzan las sesiones con el doctor, los recuerdos se vuelven más nítidos— que habían tenido una trifulca en casa de las gordas, porque les había propuesto a sus padres ir a la Universidad, pero ellos que nanai de la China, que con el dineral que costaba el máster de su hermano ya sobraban licenciados en casa. Yo entendía su disgusto, pero me despedí de ella después de asentir a todo. Se enrolla tanto cuando nos vemos que los emparedados de la abuelita llegan estropajosos.

Yo no estaba acostumbrada a pasear sola por el bosque y me daban miedo los peligros que pudieran acuciarme al caer la noche. De tanto andar, me entró una sed terrible. Afortunadamente, encontré una casa donde pedir un vaso de agua. La vieja que la habitaba me dijo que me la sirviera yo misma del grifo, que ella andaba liada con una

máquina que llevaba todo el día dándole problemas. En el suelo había una madeja de hilo enmarañada. Me acerqué para comprobar para qué servía aquel trasto de madera y, por curiosa, me pinché con una aguja. Después, ya todo fue oscuridad. La magia negra del hada comenzaba su efecto.

Siempre le digo a Sigmund: ¡cuánto mejor no haber despertado! ¿Quién le dio permiso a aquel príncipe para besarme? El doctor dice que tengo que relativizar, que cree que, en realidad, como me quedé dormida tan joven y no disfruté de la adolescencia, aún sigo idealizando la figura paterna. Cuando empieza con esos rollos, me pone nerviosa y me digo que es la última vez que aparezco por la consulta, pero me parece que estas sesiones son adictivas. Continúo con el relato de otra de mis visitas:

Me metieron en una urna de cristal y allí me dejaron a la intemperie, a pasar frío. Durante mi largo sueño, creció un rosal que tapiaba la entrada del jardín. Intentaban atravesarla cientos de caballeros que venían a despertarme con su beso mágico, pero la planta se lo impedía. Hasta que llegó uno con la espada bien afilada y la podó de raíz. Entró presuroso y, tras verme, me besó con pasión.

De acuerdo que me despertó y rompió el hechizo, pero ¿por qué no vino antes y apuró tanto el plazo? Solo faltaban unos días para que me despertara, para que se cumplieran los cien años, y podía haber esperado unos días más dormida sin necesidad de tener que agradecerle el detalle. Nos fuimos a vivir juntos a un palacio anexo al de mis padres después de celebrar una boda que duró cien días. ¡Menos mal que no fueron cien años! Al principio, la novedad no me disgustó, pero luego todo el encantamiento inicial se fue al carajo. No ayudaba en casa. ¡Menudo haragán! Se pasaba el día cazando en el bosque y llegaba a casa con las botas hasta arriba de barro. Yo estaba hasta las narices de despellejar conejos y de embutir chorizos de jabalí. Iba a todos lados montado a caballo, así que no hacía más que zurcirle las calzas, que se le desgastaban por el roce con la

montura. Decía que a mi piel blanca como el marfil no debía darle el sol, pero, en realidad, lo que sucedía era que sufría de celos y no quería que saliera de casa. Quería a su princesita para su disfrute particular. Así que me pillaba unos aburrimientos del demonio. Los primeros meses me hacía ilusión prepararle la cena, pero se empicó, como venía harto de vino y viandas que compartía con sus amigos del bosque, a dejar el plato intacto, así que me descargué la aplicación del Burger King y me harté de hacer pedidos de hamburguesas para mí. Cogí unos kilos y eso al señor no le gustó. Decía que su mujercita tenía que estar siempre preciosa, y se reía a la vez que su panza subía y bajaba, porque de atracones en el bosque debían de andar finos.

Ahí empezaron las denuncias, las acusaciones. Yo alegué que desde el principio todo había sido un abuso como un piano, que yo no me encontraba consciente y el beso no había sido consentido. Él decía que debía agradecerle que me despertara, que no me creyera yo que era agradable besar unos labios tan fríos, como los de una estatua o una muerta. Eso fue lo que dijo. Y empezaron los tiras y aflojas. Así que acabamos en el juzgado con un divorcio que ardió en la prensa rosa. Una amiga —Alicia, la del país de las Maravillas, en concreto— me recomendó visitar al doctor Freud para despojarme de ataduras absurdas y comenzar a liberarme. Mi abogada, por su parte, me insiste en que tenemos que luchar sin descanso, que andan las cosas torcidas y aún nos queda a las mujeres mucho camino por recorrer. Y esto es todo lo que les cuento. ¿No me digan que no me podía haber quedado dormida otros cien años?

DÉDALOS